PA6276
C3P6

TIRADA DE ESTA EDICIÓN:

200 ejemplares, numerados, en Papel del Japón.
300 „ „ en Papel de Hilo.

Ejemplar Número 290.

CAPILLA ALFONSINA
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

PREFACIO

UMPLO con gran gusto la promesa que hiciera á mis amigos del Liceo Altamirano, dando hoy á la estampa la traducción de las obras del Príncipe de los líricos latinos, Cayo Valerio Catulo.

Hace algunos años que emprendí este trabajo, dedicándole de preferencia, como de costumbre, mis ocios dominicales; pero no me ha sido posible darle término y remate sino en medio de las penas y tribulaciones que asediaron mi espíritu en los meses de Marzo y Abril del presente año, ó agobiado por la recrudescencia de vieja enfermedad.

Sin duda las traducciones hechas durante este año habrán de resentirse de las condiciones bajo las cua-

010045

les fueron llevadas á cabo; que ni he tenido tiempo bastante para corregir pacientemente los errores en que pude incidir sin intención, ni estuve en aptitud de consagrar á ello toda la atención que una labor de este género requiere, agotado por la enfermedad ó vencido por la pena.

Estas circunstancias me inducían á aplazar indefinidamente la publicación de la obra; pero he abrigado el temor de que las obligaciones que me ha de imponer el encargo que me ha confiado el Gobierno de mi país cerca del de los Estados Unidos del Norte, fueran un obstáculo insuperable para ocuparme en asuntos literarios, y he preferido dejar de hacer la revisión esmerada que tenía el propósito de ejecutar, antes que diferir por mucho tiempo el cumplimiento de una promesa contraída con el Liceo Altamirano.

Otras vacilaciones, aunque de género distinto, me han asaltado al publicar la traducción de las poesías de Catulo; y éstas han tenido por origen el lenguaje obsceno de que hace uso con excesiva frecuencia en un gran número de sus epigramas. Suprimir en una traducción de las obras de Catulo los epigramas, hubiera sido un atentado imperdonable en quien ha tenido el vivísimo deseo de hacer conocer á nuestra juventud los eternos modelos de la poesía latina; y, por otra parte, traducir literalmente todas las expresiones obscenas que el poeta emplea, me hubiera exigido adoptar un lenguaje impropio de la poesía moder-

na é infringir las reglas más elementales del buen gusto.

Por fortuna encontré una solución que me permitiera no dejar en el olvido algunas de las joyas más exquisitas del primero de los poetas epigramáticos latinos, y que al mismo tiempo me evitara emplear palabras que desdijeran del refinamiento de nuestra cultura social actual.

No sé si podré vanagloriarme de haber tenido un éxito feliz en todos los casos; pero mi invariable propósito ha sido siempre dejar vivas las ideas, sin hacer perder á las imágenes con que el poeta las reviste, su gracia peculiar, aunque expresándolas con un lenguaje adecuado. He hecho esfuerzos para que la estatua hermosísima luciera la magnificencia de su desnudez, sin mostrar lo que el pudor vela y el recato oculta.

Todos aquellos que temen aventurar un pie en un museo para no tropezar con las estatuas que el arte pagano nos legara como imperecederos monumentos de la civilización humana, bien pueden abstenerse de abrir este libro; porque sin duda podrían tener motivo para cerrarlo, negándose á leer odas y epigramas, que de seguro no habrían de leer con beneplácito; pero en cambio, abrigo la convicción de que cuantos amen el arte, habrán de agradecerme que haya dejado para seducción de la vista, para encanto del entendimiento y para regocijo del espíritu, algunas obras in-

mortales del poeta de Verona, aun cuando hubiera arrojado sobre ellas tenue y transparente velo.

Á pesar de todo esto, dejé de traducir el poema LXVII «Ad Januam Moechae Cujusdam,» porque no era posible aplicar el método á que acabo de hacer referencia, y porque, por otra parte, creí que no hubieran de perder mucho, con suprimirla, los lectores de Catulo.

Para mi traducción escogí, como era natural, el texto del M. S. «Oxoniensis,» publicado por Robinson Ellis, no sólo porque los críticos lo han considerado como el mejor, sino porque habría de tener por guía y por maestro al más distinguido humanista que la Inglaterra produjo en el pasado siglo.

El texto del «Oxoniensis» ha sufrido, sin embargo, una modificación, porque creí oportuno agregar á las diversas odas, epitalamios y elegías, los títulos que tan sólo se ven en el «San Germanensis,» y que se hallan en casi todas las viejas ediciones de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Los lectores de Catulo están de tal manera habituados á distinguir sus obras por los títulos que llevan, que no juzgué que fuera un desacato incorporarlos al texto del «Oxoniensis.»

He hecho, además, otra adición, que me habrá de ser perdonada en gracia del encanto que habrá de proporcionar á los lectores.

En casi todos los M. SS. de Catulo no aparecen las

tres «Priapeas,» que llevan en la colección los números XVIII, XIX y XX.

La oda XVIII, «Ad Hortorum Deum,» se la atribuyó á Catulo, Terenciano Mauro, en su obra titulada: «Tractatu de Litteris, Syllabis, Pedibus et Metris;» y las XIX y XX, «Hortorum Deus,» fueron tomadas de la colección de las «Priapeas;» pero en casi todas las viejas ediciones aparecieron siempre incorporadas al texto del poeta de Verona, hasta que Isaac Voss, en su obra publicada en 1684, hizo notar por la primera vez, que no había razón bastante para considerar que pertenecieran á Catulo, porque no se hallaban en los M. SS. de dicho poeta.

Yo he juzgado ocioso reproducir las discusiones á que las «Priapeas» han dado lugar; y las publico en mi traducción, siguiendo la tradición de los viejos comentadores, y para dar á conocer, sin duda, las más hermosas «Priapeas» que poeta alguno logró escribir.

Después de la edición hecha el año próximo pasado de mi libro «Cayo Valerio Catulo, su Vida y sus Obras,» creí que era innecesario publicar notas explicativas que hicieran conocer la mejor interpretación del texto latino, y, con este motivo, suspendí la terminación de las que había venido redactando poco á poco y á medida que la traducción avanzaba.

Sin embargo, debo declarar que casi siempre que me han asaltado dudas acerca de la mejor inteligencia del poeta, he recurrido al copioso comentario de

Robinson Ellis; y cuando éste no me ha dejado satisfecho, al de H. A. J. Munro, porque los dos son los que han dicho, con rara sagacidad y con profunda ciencia, la última palabra á este respecto.

En este trabajo mío, como en todos los demás, ha de haber mucho que censurar; pero habrá de tomarse en cuenta, como circunstancia atenuante, el objeto que me inspira siempre al emprenderlos.

México, Septiembre 22 de 1905.

ODAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez